



SENJO y SENJO

Senjo, hija de Chyo Kan, y Wanchú se amaban desde pequeños. Siempre fueron felices en sus juegos infantiles y la alegría era tan evidente que sus familias aceptaron que, cuando llegara la madurez, fueran esposos.

Pero sucedió un día que llegó a su aldea un alto funcionario del palacio imperial que acudía a conocer el estado de los cultivos y cobrarse el diezmo de la cosecha. En la fiesta de bienvenida quedó prendado de la belleza de Senjo hasta tal punto que la víspera de su regreso acudió solo a oscuras a la casa de Chyo kan para pedirle la mano de su hija. El hombre, que era humilde y sin recursos, se sintió alagado por la propuesta y, después de negociar el enlace, fijó la fecha de la boda para la siguiente luna llena. Cuando le comunicaron la decisión a Senjo, el alma se le partió en dos y corrió desconsolada a su habitación para llorar.

Al día siguiente, la noticia se supo en toda la aldea. Wanchú no salía de su asombro: ¡Era su prometida! ¿Cómo podía ocurrir esto? Preso de indignación, tomó la firme decisión de abandonar el poblado donde nunca más podría ser feliz e iniciar una nueva vida donde estuviera libre de un pasado tan cruel. Cuando cayó la noche, bajó al río, cogió su barca y remó río abajo. Nada más partir una voz lo llamó desde la orilla. Era Senjo, que lo había seguido hasta el río:

- Quiero irme contigo –le dijo. No puedo vivir sin ti y no me importa lo que piensen mis padres y la gente.

Wanchú la ayudó a subir. Remaron tres días con sus noches río abajo, hasta que, al cuarto día llegaron a una ciudad lo suficientemente grande como para pasar desapercibidos. Como Wanchú era trabajador y habilidoso, no tardaron en instalarse con holgura. Por eso,

al año de llegar les nació el primer niño. Dos años más tarde tuvieron el segundo. Una noche, al regresar del trabajo, Wanchú encontró a Senjo, con los dos pequeños, llorando.

- ¿Qué te ocurre? –dijo su marido.

- No lo sé; la melancolía me invade desde hace unos días. Me acuerdo mucho de mis padres. A nosotros aquí nos va tan bien y a ellos, allí... Temo que desde que nos fuimos estarán preocupados por nosotros, sin saber nada.

- Si así lo quieres, mañana mismo volveremos a casa de tus padres para tu tranquilidad. Así podrán abrazarte y conocerán a sus nietos.

- ¡Gracias esposo querido! ¡Eres muy bueno conmigo.



Después de unos días de viaje río arriba llegaron por fin a la aldea. En ese momento le entro miedo a Senjo:

- ¡Marido! Ve tú solo. Temo la cólera de mi padre, porque mi huida es para todos una deshonra.

Wanchú se acercó a la casa de Chyo Kan y llamó a la puerta. El anciano lo miró atónito y, en vez de enfadado, lo abrazó con alegría.

- ¡Un ángel de Dios te envía, Wanchú! Desde que te fuiste, nuestra hija cayó enferma y lleva años postrada en su lecho. Vive de

milagro, porque apenas come ni bebe.

- Pero...

Antes que el muchacho pudiera abrir la boca, lo habían llevado a la habitación donde yacía una muchacha exactamente igual a la que estaba en la barca esperando con sus dos hijos. Se acercó horrorizado para ver más de cerca su cara. La mujer abrió los ojos y, sonriendo, lo llamó:

- ¡Wanchú!

El muchacho salió corriendo a toda velocidad muerto de miedo hasta que llegó a la barca. Sin decir nada los estrechó entre sus brazos.

- ¿Qué pasó? –preguntó Senjo.

- ¡No te lo vas a creer!

Se dirigieron a la casa. En la entrada los esperaban sus padres con la hija que, por primera vez en mucho tiempo, pudo levantarse de la cama. Las mujeres se miraron, cara a cara y dieron juntas el paso

que las separaba y se fundieron en un único cuerpo. El padre la recibió en sus brazos y lloró amargamente. Entonces dijo a Wanchú:

- Creo que llevas más de trea años viviendo con el fantasma de Senjo. Tiene que haber sido muy difícil para ti, hombre de carne y hueso, poder convivir y contentarse con un espíritu.

Pero Senjo le respondió:

- ¡Padre! El fantasma yacía en vuestra cama. Cuando me entregaste a aquél poderoso, sentí que algo en mí se desgarraba: mi cuerpo y mi deseo no podían separarse del hombre al que amo, pero mi alma no podía desobedeceros. Así que mi espíritu se quedó enfermo entre vosotros. Y esta es la prueba de que no miento: ¿Qué fantasma podría haber dado a luz a estos niños?

El anciano cayó en la cuenta del mal cometido y pidió perdón. La esposa de Wanchú, reconciliada por fin con la hija de Chyo Kan, pudo entrar en la casa de sus padres.

Con el corazón partido

Aunque no seamos del todo conscientes, a menudo nuestro corazón se encuentra escindido entre dos fidelidades: mis padres y mi pareja, mis hijos y su padre, los amigos y la familia, la fe y la cultura... Y de un corazón partido sólo brota tristeza, más o menos contenida. Prueba a hacer este ejercicio:

- Reconoce qué realidades pueden estar dividiendo tu corazón: son dos cosas que quieres, pero que te empujan en direcciones opuestas...
- Mírate a ti desde una parte... ¿Qué buscas, qué deseas desde esa realidad? Hazlo con amor, porque es un amor tuyo...
- Haz lo mismo con la otra parte.
- Mira ahora las dos realidades juntas... Siente el desgarramiento de estar forzado por dos fuerzas distintas... Siente el peso triste de tu corazón...
- Recuerda el cuento y revívelo:
 - Cara a cara...
 - Dar un paso...
 - Juntarse en una sola...
- Nota como algo se encaja.

